

MENDEZ NUÑEZ Y SUS COLABORADORES: LOBO Y TOPETE

José Cervera Pery
Coronel Auditor
Director de la Revista de Historia Naval

En el centenario del fallecimiento de Méndez Núñez, el ilustre académico don José Filgueira Valverde, felizmente hoy entre nosotros, escribía estas hermosas frases: "Méndez Núñez es para la gente de esta tierra que tanto amó, el prototipo de los hombres forjados en la mar que supieron unir valor y cortesía, cultivaron las letras y poseyeron un raro conocimiento de tierras y de hombres".

Desde el amparo de esta magnífica y ajustada semblanza, yo me atrevo en esta Pontevedra tan marinera como culta, tan sensibilizada con el hombre y su paisaje, y desde esta tribuna de su Museo provincial, aportar mi granito de arena y rendir un homenaje a don Casto desde la perspectiva de los que bajo sus órdenes y consejo realzan aún más su figura ante la historia.

Porque es evidente que la acusada personalidad de Méndez Núñez absorbe o anula la de muchos de sus contemporáneos, ya que dentro de la Marina del siglo XIX representa sin duda una de las figuras de mayor relieve con las que se enriquece la historia patria. Después de nuestros marinos de Trafalgar en aquel trágico arranque de comienzos de siglo, es posiblemente la imagen de don Casto la que ofrece un perfil más sobresaliente y el trazo más vigoroso de una época en que tan pronto España conocía destellos alentadores de su pasado poder naval como momentos llenos de incertidumbres y de desesperanza.

Pero yo no vengo como digo a hablarles aquí de la rica trayectoria del ilustre marino que ha sido tratada desde esta misma tribuna por mayores expertos en conocimiento y dimensión. Yo voy a limitarme a situarlo como centro de atracción de los impulsos colaterales de sus más directos colaboradores, de sus más fieles subordinados que con él compartieron idénticos logros y análogas penalidades. Los nombres de Malcampo, Cervera, Montojo, Antequera, Sánchez Barcaíztegui, Valcárcel, Alvargonzález, Rodríguez de Arias, etc., figurarán muy estrechamente vinculados con las hazañas del héroe y sería larga y minuciosa empresa redactar las copiosas hojas de notables servicios de todos y de cada uno. De aquí que como el título de la conferencia indica, mi propósito sea centrarme en dos personas decisivas en su configuración histórica y que acompañan a Méndez Núñez en espacios vitales de su andadura. Su mayor general en la escuadra del Pacífico don Miguel Lobo y Malagamba y el comandante de la fragata "Blanca" don Juan Bautista Topete, héroe de Abtao y que en su día habrá de jugar un decisivo papel en la Marina del compromiso político revolucionario de 1868.

Hay otros colaboradores también muy directos que convendría mencionar aquí, el primero don Manuel de la Pezuela y Lobo, estuvo a las órdenes de Méndez Núñez en la campaña del Pacífico como comandante de la "Berenguela" y tomando, por tanto, parte en los bombardeos de El Callao y Valparaíso. Fue por primera vez diputado en 1867 y en 1885 Ministro de Marina en un gabinete Cánovas, sustituyendo a Antequera, otro de los marinos de Méndez Núñez. Durante su ministerio se produjo la cuestión de Las Carolinas con Alemania y su solución por el pontífice. Desde 1884 era senador electivo y desde 1890 lo fue vitalicio, alcanzó el grado de vicealmirante y fue capitán general de Cartagena y vicepresidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Don Carlos Valcárcel y Ussel de Gimbarra está también en la nómina de los marinos colaboradores de Méndez Núñez; toma parte en los bombardeos de Valparaíso y El Callao al mando en la "Resolución" y por su conducta en la campaña del Pacífico fue ascendido a brigadier. Desempeñó altos cargos en Marina entre los de capitán general de los departamentos marítimos de Cartagena y Ferrol, así como la vicepresidenta del Almirantazgo. También fue Ministro de Marina en un gabinete de Posada Herrera y en 1889 fue promovido a almirante. Era senador vitalicio y poco antes de morir recibió el Toison de Oro.

Don Victoriano Sánchez Barcaíztegui en la campaña del Pacífico mandaba la "Almansa", se hizo famoso por su famosa frase de "hoy no es día de mojar la pólvora". Se sublevó también en Cádiz en el 68 y murió en 1875 frente a las costas de Motrico alcanzado por una bala carlista.

Don Claudio Alvargonzález piloto, primero, de la marina mercante, ingresó en la Armada; hizo la campaña de la primera guerra carlista y hasta su ascenso a capitán de navío no dejó de obtener destinos de mar. Héroe de Abtao como comandante de la "Villa de Madrid".

Y por último don Juan Bautista Antequera Bobadilla, era segundo de Méndez Núñez en la "Numancia" y le sucedió como comandante. Marino de singular relieve por cuanto culminó la vuelta al mundo de la fragata, mandó en 1868 la escuadra del Mediterráneo y el departamento de Cartagena. Fue varias veces Ministro de Marina y senador del Reino.

Pero volvamos a Lobo y Topete que junto a Méndez Núñez simbolizan esa noble estirpe de marinos de frentes resueltas, espadas afiladas y corazones graníticos. Se mueve en los intrincados escenarios de la Marina de la segunda mitad del siglo XIX, la Marina romántica como fue calificada por el almirante Guillén quizás identificándola un poco con aquel movimiento literario sensible y generoso de poesía idealizada y espíritu liberal. Son hombres que comportan dentro de sus levitas azul turquí sus sombreros apuntados y sus galones en la bocamanga unas comunes señas de identidad de valores patrios, de aquí que no extrañe que la importante nómina que se agrupa junto a don Casto en las hazañas de Valparaíso y El Callao, y cuya excelente iconografía se expone estos días en el espléndido marco de la Diputación Provincial, alcanzara casi sin excepción las mayores cotas de honra y prestigio desde las instituciones a las que sirvieron. Ya lo hemos mencionado.

Claro es que si hemos de ser fieles relatores de esta proyección histórica, los frutos de una sincronizada colaboración, de un esfuerzo compartido en el mejor servicio de armas se advierten años antes que los bombardeos de Valparaíso o El Callao. En 1861 Méndez Núñez mandaba la llamada División Naval del Sur de Filipinas, que en realidad se componía sólo de dos frágiles goletas, la "Constancia" que manda el teniente de navío don José Malcampo, que al correr el tiempo será famoso nombre en las armadas y la política y la "Valiente" en la que presta sus servicios el alférez de navío Pascual Cervera, al que la historia le tendrá reservado un triste aunque glorioso papel estelar al fin de siglo. En otro de los minúsculos buques de la estación, otro joven oficial, Patricio Montojo, también sacrificado en el holocausto de Cavite, forma causa común en un espíritu de patriotismo que hermana voluntades y entusiasmos.

La reconocida hostilidad de los piratas de Joló y Mindanao, musulmanes malayos de legendaria ferocidad, rebeldes siempre en la penetración española, así como la abierta rapacería de sus incursiones y saqueos, impusieron al gobierno español la necesidad de mantener una continua ocupación militar en aquellas islas, terreno abonado para la emboscada y la traición. A Méndez Núñez, que por su condición de comandante jefe de la división, recorría constantemente los más lejanos e intrincados islotes, no se le ocultaba la exigencia de asestar un golpe con rigor inflexible para acabar con el poderío de los sultanes y reyezuelos, entre los que se llevaba la palma el de Buayan o datto Maghoda, que llevó su desafío hasta el extremo de construir un emplazamiento estratégico en Río Grande de Mindanao, una fortaleza casi inexpugnable desde la que se permitía cañonear a los barcos españoles cuando hacían descubierta por el río.

Otra amenaza no menor —y Méndez Núñez tampoco la ignoraba— eran los tratos y subterfugios secretos que dicho reyezuelo concertaba con los holandeses, tan interesados siempre por el Océano Pacífico, flagrante y directo atentado contra la soberanía española y que el datto realizaba amparado en su inexpugnabilidad y dominio de todas las rancherías vecinas.

Don Casto decidió abatir de una vez para siempre el poderío del fortín contando con la directa colaboración y esfuerzo de Malcampo, Cervera y Montojo, y previo acuerdo con el jefe militar de Mindanao, coronel Ferrater. El plan era arriesgadísimo. Con los hombres y buques de la estación se pretendía destruir la cota de Pagalugan (que así se llamaba la fortaleza) perfectamente artillada y defendida con los cañones de mediano calibre y con la avanzadilla de una talanquera o bloque de gruesos troncos de árboles entrelazados para cerrar el río a la navegación e impedir el paso de los cañoneros. Un foso delantero de amplia holgura y camuflado de ramas y malezas para hacer caer en él a los que se aventurasen, completaba su impunidad.

Las goletas "Constancia" y "Valiente" figuraban en primera línea de ataque y con ellas una serie de barquitos de menor cuantía. Las dotaciones de desembarco esperaban su momento entre una lluvia de plomo y metralla salida del fortín, nada más que ponerse a tiro la escuadrilla. El reconocimiento escudriñando el río y sus recovecos palmo a palmo desde botes armados de las goletas

lo llevaron personalmente Méndez Núñez y Cervera, y se obtuvo la consecuencia de que había que emprenderse una acción combinada por mar y tierra —a pesar de las dificultades del terreno cenagoso— y despreciando los grandes peligros que aquello acarrearía. La hazaña comenzó a las tres de la mañana. Tres secciones de desembarco al mando de Malcampo ganaron en silencio la tierra firme y emplazaron adecuadamente las dos únicas piezas de artillería ligera de la expedición. Los soldados llevaban escalas de cuerda para el asalto al fortín como en los tiempos medievales y, mientras tanto, los dos pequeños cañoneros “Arrayat” y “Pampangá” situados en vanguardia protegían la salida y poco más tarde arremetían contra la talanquera haciéndola saltar en pedazos, penetrando río adentro hasta escasa distancia del fuerte al que empezaron a batir con decisión y arrojo.

En tierra, sin embargo, no iban bien las cosas y el avance se hacía dificultoso, aunque Malcampo y Cervera avanzaban con gran exposición hasta acercar lo más posible al foso los dos cañones disponibles encontrando salvaje resistencia a cada paso. Méndez Núñez se decidió entonces por una resolución extrema; embistió su barco contra la posición enemiga y la abordó desde tierra firme pasando la gente a través del bauprés a la costa de Pagalugan, cuyas defensas toman al asalto. En el fragor del combate Malcampo resulta malherido de un balazo y sólo queda al frente de la dotación de desembarco Pascual Cervera que, sable en mano, se lanzó hacia el interior del fuerte, seguido por sus bravos marineros, abriéndose paso en desigual combate, atacando y defendiendo a un mismo tiempo, esquivando mortales golpes de criss y haciendo rodar enemigos a su alrededor. La enconada batalla quedó al fin decidida por el lado español y la temprana luz del día alumbró el tremendo espectáculo de los muertos y heridos en el singular combate. Incomparable hazaña digna de ser resaltada allá donde se hable del valor y reciedumbre hispánica, y a la que el gobierno no se mostró ingrato, pues tanto Méndez Núñez como Malcampo, Cervera y Montojo fueron ascendidos a sus inmediatos empleos por méritos de guerra. Los frutos de una colaboración disciplinada y eficaz no habían podido ser más convincentes.

Situémonos ahora en el escenario hispánico de 1862, año en que Méndez Núñez ha sido promovido a capitán de navío en mérito de la relatada hazaña de Pagalugan. España vive entonces un momento de euforia en lo que respecta a su posición ultramarina (México, Santo Domingo, etc.), ya se ha hablado algo de ello, y en ese mismo año zarpa de Cádiz la escuadra hacia las costas sudamericanas con una estricta finalidad de imponer su prestigio, pero la presencia de dicha fuerza en el Pacífico produjo un ambiente de inestabilidad en Perú donde se recelaba de una intervención española análoga a la de Napoleón III en México. Se produjeron diversos incidentes, un obrero español fue asesinado y otro agredido y como el gobierno peruano difiriese el castigo de estos hechos, el almirante Pinzón, jefe de la escuadra española en el Pacífico, tomó en respuesta las islas Chinchas, ricas en la obtención de guano. La intransigencia del gobierno peruano se acrecentó con este hecho y O'Donnell

intentó intempestivamente una política de fuerza enviando a aquellas islas otras cuatro fragatas, entre las que figuraba la blindada "Numancia" al mando de Méndez Núñez. Estamos ya en 1864 y la flota queda integrada, junto a la "Numancia", por las fragatas "Villa de Madrid", "Almansa", "Resolución", "Berenguela" y "Blanca", más la goleta "Vencedora". Ante la presencia de tal fuerza naval el presidente peruano Pezet se avino a negociar con España y en enero de 1865 firma el tratado que se llamó Pareja-Vivanco por el nombre de sus negociadores, que también ha sido invocado. España abandonaba las islas Chinchas y el gobierno de Perú se comprometía a pagar una indemnización de tres millones de pesos, pero el pueblo peruano acogió mal el pacto y siguió mostrando gran indignación por la presencia española en sus aguas. Algunos marineros españoles fueron agredidos cuando intentaron desembarcar y uno de ellos, el cabo Esteban Fradera, muerto. Estos hechos, y posiblemente para neutralizar cualquier represalia española, comportaron una revolución cuyo instigador, el general Prado, derribó a Pezet y se proclamó presidente de la República.

La historia que sigue es harto conocida pero es preciso seguirla en su hilo conductor. Tras la revolución antedicha y la subida al poder de Prado, el nuevo gobierno se negó a reconocer el tratado Pareja-Vivanco rompiendo las relaciones con España el 24 de noviembre de 1865. Chile hizo causa común con Perú firmándose entre los dos países el 5 de diciembre un tratado de alianza. Pareja reaccionó pidiendo explicaciones satisfactorias a Chile y un saludo de 21 cañonazos al pabellón español. Ante la negativa chilena Pareja mandó bloquear los puertos de aquel país y por su parte Perú declaraba la guerra a España en 1866.

El bloqueo de los puertos chilenos motivó una imprudente dispersión de barcos, lo que produjo el apresamiento de la goleta "Covadonga" por la goleta chilena "Esmeralda", cuando aquella trataba de reunirse con otras dos fragatas españolas. Al tener conciencia de este hecho desgraciado el general Pareja, en una interpretación ciertamente excesiva del honor patrio, se suicidó y se encargó del mando de la escuadra el ya brigadier Méndez Núñez al frente de la fragata "Numancia" surta en las aguas del Callao. Con algunos buques efectuó varias incursiones de guerra por el litoral y de nuevo se pone a prueba la pericia de sus subordinados-colaboradores. El 7 de febrero de 1866 pelearon las fragatas "Blanca" al mando de Juan Bautista Topete y "Villa de Madrid" de Claudio Alvargonzález, en el canal de Abtao con fuerzas navales combinadas de Perú y Chile, siendo derrotada la flota chilena. La acción tiene mayor mérito si se tiene en cuenta los difíciles canales a los que había que acceder sin cartas ni prácticos, hasta el extremo que la fragata aliada "Amazonas" había naufragado al entrar. Méndez Núñez calificó la acción como una "operación militar y marinera superior a todo encomio" y el contralmirante Martínez Valverde al referirse a ella, la define como expresión de un decidido deseo de encontrar al enemigo esté donde esté y por difícil que sea el sitio.

El 30 de marzo de 1866 la flota española bombardeó el puerto de Valparaí-

so que no opuso apenas resistencia, después de haber mantenido un bloqueo de una inmensa extensión de costas con escasos hechos de armas. El bombardeo de Valparaíso por su carácter de puerto abierto ocasionó a don Casto numerosas censuras por parte de los representantes extranjeros, sobre todo de Inglaterra y Estados Unidos que no veían con buenos ojos la incursión española en aguas del Pacífico. Pero Méndez Núñez no se dejó intimidar por las amenazas de las escuadras americana e inglesa que reunían entre ambas una superior fuerza naval. A las advertencias del comodoro americano contesta altivo: "Si usted se interpone entre la ciudad y los barcos, mi deber es echarlo a pique", pero los barcos no se interpusieron y Méndez Núñez cumplió con un deber impuesto que si como marino le sometía a una exigencia ordenancista, como hombre le suponía un desgarró del alma.

Aunque la "Numancia" no tomó parte en el bombardeo a Valparaíso, Lobo, testigo directo de los acontecimientos, lo comunicaría a su esposa en una carta que fechó el 12 de abril de 1866. El interés de estas cartas personales, hoy documento testimonial e histórico de primera magnitud, es sobre todo humano, ya que elimina la frialdad de los partes oficiales y hace conocer el pensamiento o sentimiento de un testigo tan importante como Lobo en unos acontecimientos tan notables en la España de la época. En dicha carta Lobo confiesa a su esposa —y ya se refirió a ello el conferenciante de ayer don José Ramón Martínez— haber pasado un rato desagradabilísimo por ser el bombardeo a una ciudad abierta un extremo bárbaro y bien en contra de mis ideas, y prosigue textualmente "...yo me alegraré de no volver a presenciar semejante acto y siento en el alma que los cañones hayan resonado para verificarlo. Méndez Núñez y todos han sufrido bastante en aquellos momentos".

Subraya cómo Méndez Núñez ha hecho cuanto estuvo de su parte para que el gobierno chileno cediese y evitase el bombardeo pero culminado éste, Lobo no es remiso para definirlo con todo su valor y alcance: El hecho militar y marineramente hablando —dice en otro párrafo de su carta— se llevó a cabo perfectamente sobre todo en la "Villa de Madrid", "Blanca" y "Vencedora" que con la "Resolución" fueron las ejecutoras.

Tras el bombardeo de Valparaíso Méndez Núñez volvió al puerto de El Callao y dirigió el 27 de abril un manifiesto al cuerpo diplomático acreditado en Lima. No obstante la situación de la escuadra española era crítica, pues la declaración de guerra de Chile y Perú a la que se habían adherido las repúblicas de Ecuador y Bolivia hacía que en una extensión de tres mil a cuatro mil millas no existiese puerto donde abastecerse, y se llegó al combate de El Callao que fue un gesto temerario, pues la mayoría de los barcos españoles eran de madera y El Callao contaba con una fortaleza blindada defendida por cañones Armstrong. Desde el puente de la Numancia, escribe Ibáñez de Ibero, sin acogerse al reducto blindado Méndez Núñez dirigía el combate. En ese puesto de honor fue herido de gravedad y tuvo que ser relevado por su mayor general don Miguel Lobo, y aquí entra en escena directa tan ilustre colaborador del brigadier, al que toca redactar el parte del combate —Feliz termina-

ción del hecho de armas, lo llama Méndez Núñez aun desde el lecho del dolor y su mayor general le rinde con un cumplido y detallado escrito, del que entresacamos sus principales párrafos: “El combate era general en toda línea y en toda ella nuestros buques, fijos en los puestos de antemano marcados, recibían el abundante fuego de la artillería enemiga, mucha de ella de los mayores calibres y le respondían con otro tan activo como certero como era de esperarse de la pericia de nuestros cabos de cañón y del indecible entusiasmo de nuestras dotaciones.

V.S. recordará (porque la serenidad con que me habló en aquel momento a pesar de los dolores que debían aquejarle no me dejan duda de ello) que al ir a poner los pies en la escala de la escotilla las personas que le conducían en brazos, bajé mi puesto en la toldilla para saber la más o menos gravedad de sus heridas y recibir sus órdenes y que me dio la de continuar dirigiendo el ataque, distante como se hallaba en el extremo de la línea, el comandante de la ‘Berenguela’ que era el jefe más antiguo”.

Lobo sigue describiendo los pormenores del combate y el estado de personal: “Al separarme de V.S. —continúa— mi primer cuidado fue subir al puente para ver la situación. Todos los capitanes se hallaban en su puesto batiéndose de la manera más cumplida que desear puede un país para dejar en buen lugar su honra. Nada dije al de la ‘Numancia’ porque no es posible advertir nada al que, como el capitán de navío Antequera, despliega una serenidad imponderable delante del enemigo”. Y prosigue su relación diciendo: “La ‘Blanca’ y la ‘Resolución’ continuaban también de una manera admirable y en sus sitios respectivos, por la popa de la ‘Numancia’ el fuego contra las baterías enemigas”.

Para Lobo no quedaba duda de que los capitanes don Juan Topete y don Carlos Valcárcel, nobles rivales de su compañero de División, el capitán Antequera, coadyuvaron con la “Numancia” para dejar bien pronto calladas las numerosas piezas de la batería Santa Rosa, sobre todo el primero de ellos que por el sitio que le había tocado ocupar tuvo la suerte de poderse acercar más a los cañones enemigos, mientras que el valiente capitán Valcárcel dirigía su fuego verdaderamente terrible como disparado por una dotación veterana como es la de la “Resolución”. En el relato también hace mención elogiosamente al comportamiento de la “Almansa” al mando de Sánchez Barcaíztegui que, a pesar de la bisoñez de su tripulación, respondía a todos con fuego nutrido y certero. No menos digna de elogio le parece la conducta del joven comandante de la “Vencedora” teniente de navío Francisco Patero, que dirigía sus disparos sobre la población y aguantaba con serenidad los disparos que le hacían desde tierra y alguna vez los monitores.

Al norte de la línea —sigue escribiendo Lobo— combatían la “Berenguela” y la “Villa de Madrid” con la torre artillada, blindada con dos piezas Blakey de monstruoso calibre y con las baterías de toda aquella parte montadas con numerosas piezas. Sus capitanes don Manuel de la Pezuela y don Claudio Alvargónzalez habían, al parecer, logrado ambos situarse perfectamente para batir dichas fortificaciones, colocándose tan cerca de ellos como permitió el

braceaje y sus activísimos y certeros fuegos hacían grandes estragos al enemigo como debía esperarse de la decisión, arrojo y pericia de ambos capitanes para acercarse al enemigo y también de la decisión, arrojo y pericia de las dotaciones de ambas fragatas para dirigirle sus fuegos con la mayor actividad y certeza.

A las cuatro cuarenta mandó don Miguel Lobo largar la señal de retirarse del combate al propio tiempo que por orden de Méndez Núñez hizo cubrir las jarcias de la "Numancia" con su gente, dando su comandante las tres vivas perceptivas a la reina, calurosamente contestados por todos.

La colaboración y apoyo prestado por Lobo a Méndez Núñez le colocan en un primerísimo primer plano posicional. Para entonces el guardiamarina Víctor María Concas, otro héroe del 98, la figura de Lobo como mayor general de la escuadra del Pacífico es, sin duda, superior a la de Pinzón, Pareja y quizás incluso a la de Méndez Núñez, (cosa que no podía escribirse entonces refiriéndose al libro de Novo y Colson) y que aun ahora mismo se haría con dificultad.

De lo que pensaba Méndez Núñez de su mayor general es muestra este párrafo tomado del escrito del 8 de agosto de 1866 que desde Río de Janeiro envió al Ministro de Marina. "Todas las noticias y observaciones que contiene el diario de navegación llevado por el mayor general de la escuadra y brigadier don Miguel Lobo serán tenidas en cuenta para mejorar en cuanto sea posible los distintos puntos a los que se contraen y S.M. ha visto con satisfacción que dicho diario es una muestra del celo e inteligencia con que este jefe desea contribuir y mejorar los diferentes servicios de la Armada."

Después del ataque de El Callao, lo más probable es que ni Méndez Núñez supiera cuáles iban a ser las órdenes de la Flota. El Gobierno español no deseaba prolongar por más tiempo la permanencia de los buques españoles en aguas del Pacífico. De aquí que el alférez de navío Alvarez de Toledo, enviado desde España, llevase la orden de regreso de la escuadra. Este oficial llegó el 1 de mayo cuando la flota se encontraba frente al Callao y Méndez Núñez, que no quería dejar la operación inconclusa, le dirigió estas célebres frases tan manejadas por los historiadores: "Convengamos en que usted no ha llegado hasta mañana".

Pero la escuadra tras el combate se encontraba sin base de aprovisionamiento ni donde reparar los barcos, algunos con serios daños, por la hostilidad que mostraban contra nuestra Marina la mayor parte de los gobiernos de las repúblicas del cono sur americano, la escuadra se dividió en dos grupos (también históricamente muy conocidos): uno lo componían la "Numancia" (al mando de Antequera), la "Berenguela" y la "Vencedora" que pusieron rumbo por el Pacífico hacia Filipinas. El otro grupo a las órdenes de Méndez Núñez formado por el resto de los barcos, navegó hacia el Atlántico para concentrarse en Río de Janeiro. La "Numancia" culminó la primera vuelta al mundo de un buque con coraza después de cruzar los mares de China y de Java y atravesar el Indico para ganar el Atlántico. En los barcos de Río fue tremendo el trasiego desde un puerto a otro con la amenaza continua de un eventual ataque de la es-

cuadra peruano-chilena. Pasado algún tiempo la situación comenzó a cambiar suavizándose las relaciones con los gobiernos de las repúblicas del Plata. La escuadra se aporta en Montevideo y en octubre de 1868 se lleva a cabo el relevo de Méndez Núñez por Lobo, por la directa intervención del segundo de nuestros protagonistas: El ya brigadier y ministro de Marina Don Juan Bautista Topete y Carvallo.

A Topete lo hemos dejado como comandante de la "Blanca", herido en el combate de El Callao y donde da muestra de un valor y bizarría indomables. Según su hoja de servicios deja el mando de la fragata el 27 de octubre de 1866, y ascendido a brigadier desde junio de ese mismo año, en abril de 1867 es nombrado capitán del Puerto de Cádiz (el equivalente a los comandantes de marina de hoy) y desde ese puerto va a desempeñar un papel importantísimo en el pronunciamiento del 18 de septiembre de 1868, la llamada "revolución gloriosa" proclamada en la bahía gaditana desde la cámara de la fragata "Zaragoza" que manda también un antiguo compañero de fatigas de Méndez Núñez, el brigadier Malcampo, y a la que se unen el resto de los buques surtos en Cádiz a cuyos comandantes Topete ha ido convenciendo personalmente. No es momento de analizar las causas y efectos de esta revolución, en la que la Armada tiene asignado un protagonismo esencial y que trato de estudiar en un libro de próxima publicación: *J.B. Topete, un almirante para una revolución*, pero sí poner de manifiesto el concepto que de su antiguo jefe Méndez Núñez sigue conservando Topete, que nada más ser nombrado ministro de Marina del primer gabinete revolucionario se dirige a Don Casto el 8 de octubre, con una carta que es imprescindible reproducir en todos sus términos:

"Querido Casto —escribe—: Grande será la ansiedad en que habrá estado usted desde la llegada del anterior correo portador de la noticia de los gravísimos sucesos iniciados en España. Grande será su sorpresa al saber que todo está hoy terminado. Doce días han bastado para derribar del trono a doña Isabel II, haciéndola emigrar con toda su familia precedidos de los innumerables y malvados consejeros que a este extremo le han conducido. Ante tan elocuente prueba de la voluntad del país ¿qué tendré que decirle a usted de las causas que me indujeron a iniciar la revolución? ¿Puede haberse mostrado más patente el estar no preparada sino realizada la revolución moral? Pues bien; ¿a qué extremo hubiéramos llegado, cuánta sangre no se habría derramado, si no hiciera el movimiento un cuerpo compacto, de preclara Historia, sin color político, y cuyos nombres de reconocidos servicios y reputación sin tacha, no fuesen una garantía de orden, de respeto a la propiedad y, sobre todo, a las personas? La Marina al iniciar la revolución ha prestado, a mi juicio, un eminente servicio al país; se ha levantado, dando la razón de su actitud, sus aspiraciones y su fin, protestando enérgicamente contra todo desmán y dispuesto a castigarlo. ¿Consiguió su fin en la destrucción? Hablan por nosotros nuestros enemigos. La historia de ningún país registra una revolución tan radical, hecha con tan admirable orden y generosidad. No se ha derramado más san-

gre que la producida en el rudo encuentro de Novaliches y Serrano y por Calonge en Santander; alguno que otro accidente aislado que, aunque sensible, no imprime carácter a la revolución. No ha habido ensañamiento, la bandera de la libertad ha estado íntimamente enlazada con la del perdón. Ha sido verdaderamente admirable la conducta de nuestro noble y generoso pueblo. ¿Quién hubiera podido esperar que ese pueblo de Madrid, tan castigado, ametrallado en diferentes veces, no se hubiera desbordado cometiendo actos horribrosos de los que registra la historia de todos los países en sus convulsiones políticas?

Pues bien amigo mío; en la imposibilidad de darle a usted minuciosos detalles de sucesos tan graves en los límites de una carta, he creído oportuno comisionar al teniente de navío don José Pardo, oficial de confianza y ya conocido por usted para que sea el portador de la presente y de los documentos de la revolución y periódicos y, al mismo tiempo, de viva voz pueda dar a usted cuanto antecede y noticia desee. Como verá usted en mis manifiestos, tanto a Cádiz como a la Marina doy a usted el puesto que le corresponde y tan sólo *en su representación* he creído el deber de ponerme al frente del Cuerpo. Muchos malos ratos he pasado; usted me conoce bien y sabe hasta qué punto rindo tributo a la amistad particular; pero amigo mío, bien meditado y resuelto a hacerme revolucionario, en el buen sentido, mi decisión es irrevocable y marcharé con paso firme al fin que me he propuesto, único que puede salvarnos, al par que salvamos al país. Inútiles serían mis esfuerzos si para ello no contara con la cooperación y auxilio de los buenos; y, la verdad sea dicha, el Cuerpo de la Armada en su generalidad, la parte sana, ha correspondido con una lealtad e hidalguía como no podía esperarse, sino de lo que son, cumplidísimos caballeros. Malcampo, Victoriano, Arias y otros han sido las columnas en las que me he apoyado, dando fin a la primera parte de la empresa; empezamos la segunda, mucho más delicada, más difícil de realizar. Para la destrucción el país estaba preparado; ahora para construir hay que enseñarle, guiarle. Dios nos dé acierto como puras son nuestras intenciones.

Designado ya para ministro de Marina la *primera orden* que firmaré a mi llegada a Madrid, será el regreso de usted a la Península *para ponerlo al frente del Almirantazgo* que debe regir la Marina; por tanto le ruego que, sin esperar la noticia oficial, entregue usted el mando de esas importantes fuerzas a nuestro amigo Lobo, al que escribo por separado.

Mucha, muchísima falta nos hace usted; no se haga usted desear ya que la suerte o la desgracia le ha tenido a usted alejado en la primera etapa de nuestra colosal empresa; venga usted a ser lo que corresponde en la principal, en la más importante, en la regeneración.

Concluyo ésta querido Casto, asegurándole siempre mi gran cariño. Si usted no viniese con las 'Navas' por creer conveniente su permanencia ahí hasta su relevo, y Lobo tuviese gran interés en venirse, tampoco encuentro inconveniente en que se quede José Izquierdo mandando; lo que sí le suplico es que deje

instrucciones muy categóricas al que se quede, haciéndole entender a todos la necesidad en que todos estamos, de ser muy decididos, pero muy prudentes.

Adiós querido Casto; Pardo es una carta viva pues de todo le he hablado. Usted sabe que mi amistad y lealtad no desmentirá pues le quiere muy de veras. J.B. Topete”.

La carta de Topete surtió sus efectos, pues Méndez Núñez entregó el mando de la escuadra a don Miguel Lobo el 5 de noviembre y el 15 de diciembre desembarcó en Cádiz tributándosele por orden del gobierno y a impulsos de Topete, grandes honores. El escrito también de Topete al Comandante General del Departamento de Cádiz, es de los que hablan por sí solos. “Excmo. Sr.: Dentro de breves días debe llegar a Cádiz la fragata ‘Navas de Tolosa’ conduciendo a bordo al vicealmirante Méndez Núñez, comandante general que ha sido de la escuadra del Pacífico. El nombre de este jefe que es hoy una gloria de la Marina y de España, exige que la Marina representada por V.E. —y por los jefes y oficiales existentes en ese Departamento presididos por el respetable almirante don Casimiro Vigodet—, le expresen la satisfacción con que todos los cuerpos de la Armada contemplan de regreso a España al distinguido general que con tanta gloria ha sabido sostener la honra y buen nombre de la Patria en lejanos mares.

Póngase V.E. a las órdenes del almirante Vigodet para acordar el medio de saludar oficial y solemnemente al ilustre Méndez Núñez en el momento en que arribe a las aguas de Cádiz. El ministro de Marina. J.B. Topete”.

Como se ha leído, el anterior oficio calificaba a Méndez Núñez de vicealmirante y en efecto, el 15 de octubre, fecha de su relevo, se le ascendía como recompensa a sus relevantes servicios, pero don Casto modestamente renunció al ascenso en un admirable escrito. Y hay que consignar que también Topete, cuando fue encargado de la cartera de Marina del gobierno provisional, tuvo asimismo el elegante gesto de rehusar su ascenso a contralmirante. Una afinidad común de alto patriotismo que une también las semblanzas de estos dos hombres.

Méndez Núñez tomó posesión de la vicepresidencia de la Junta Provisional del Gobierno de la Armada, y más adelante cuando se creó una vez más el Almirantazgo presidió sus destinos y comenzó a estudiar un plan de reformas. Desgraciadamente su temprana muerte, en agosto de 1869, privó a la Marina y a España de las claras luces del más ilustre de los marinos de la mitad del siglo XIX.

Después de la desaparición de don Casto la España convulsa de la que nos hablaba Ortega dejó hondas huellas en los temperamentales Topete y Lobo, a los que siguió hermanando una común identidad de patriotismo y hombría de bien.

Ambos se opusieron con todas sus fuerzas al espectáculo desintegrador de España en la revolución cantonal de la Primera República, llegando Lobo a ser un protagonista directísimo del final de aquel desbarajuste. Topete sería rescatado por don Alfonso XII que lo nombó senador vitalicio y Lobo culminó una

importantísima labor intelectual con memorables libros como *La Historia de las Colonias Españolas en América* cuyo manuscrito aún se conserva en la biblioteca de su nombre en San Fernando. No es el momento de extenderse en más detalles sobre la trayectoria de estos dos ilustres marinos y hombres de acción, pero sí decir para terminar que Méndez Núñez, Lobo y Topete forman una espléndida trilogía enmarcada en los parámetros de la disciplina, el patriotismo y el cumplimiento del deber sin medros ni ambiciones personales los tres son, sin duda, los más vivos exponentes de amor a España y a la Marina por encima de todas las cosas.